Mussolini no tiene suerte

La irritación de la Prensa italiana ante el giro que toman los acontecimientos, especialmente en lo que se refiere a sus reclamaciones a Francia, refleja el estado de ánimo del «duce», cuya estrella empieza a palidecer y a oscurecerse.

Hasta el presente, los beneficios efectivos de su alianza con el dictador de Berchtesgaden, lo que Italia ha obtenido del eje famoso, cabe entre las yemas del pulgar y el índice. Apenas un pellizco. Y, entretanto, el alemán se ha hinchado con los banquetazos del «Anschluss» y de los sudetas, chasqueando en ambas ocasiones las esperanzas de Mussolini. Primero, por haberse instalado en el Brenner, cosa que al «duce» no puede hacerle ninguna gracia, y después al impedir la unión de las fronteras polaca y húngara, en los límites de Checoeslovaquia, resueltamente apoyado dicho acercamiento por el ogro de Roma.

El eje permite fanfarronear por igual a la Italia fascista y a la Alemania nazi; pero, a la hora de cobrar el barato es siempre el de Berchtesgaden el que alarga la mano. «La próxima vez te tocará a ti», le dice su aliado. Mas el tiempo pasa, la situación se complica y la hora de Mussolini no llega.

Es de suponer que los italianos han advertido el desairado papel que está representando el forjador del «Impero». Y hasta los oídos del nuevo César deben llegar las murmuraciones de la calle. Ha perdido Italia toda su influencia en la Europa central; tiene ahora de vecina a la potencia más temible y molesta de Europa; ha facilitado, no sin sacrificios considerables, que el pangermanismo ganara las primeras etapas de su gran carrera. Todo ello sin compensaciones tangibles, sin obtener, en cambio, nada más que promesas.

Y cuando parece que ha llegado el turno del «duce», cuando se plantea la cuestión del Mediterráneo y se quiere reivindicar Córcega, Túnez y Djibuti, Francia, que tan mansa se mostró en Munich, contesta que no cederá ni una pulgada de territorio y que antes prefiere la guerra. ¡La guerra! La Prensa fascista se ha escandalizado. Esto es provocar a un país pacífico, que no desea el mal de nadie, aunque, para pasar el rato, entretenga a sus aviadores asesinando a las mujeres y a los niños de España, Italia no quiere la guerra con Francia. Quiere obtener, en un segundo Munich, por mediación de Mr. Chamberlain, como se ha hecho por costumbre, la tajada que le corresponde.

¿Por qué esta diferencia de trato? ¿Por qué al «führer» se le da regalado lo que pide, y al «duce» se le quiere obligar a desenvainar la espada cuando reclama lo suyo? Se entendía por convenido tácitamente que los atracados no se defenderían nunca.

No entra en los cálculos de un cazador de gangas disputarse una presa a tiro limpio. Si al pueblo italiano le declara Mussolini que el precio de Córcega y Túnez es la guerra, probablemente replicaría el pueblo que no. Que de balde, bueno, encantado; pero si ha de coger las armas, mejor es dejarlo. Y si lo hubiera de dejar, ¿por qué haber armado tanto ruido?

El caso es que ahora la cuestión es de difícil arreglo. Una retirada discreta, cuando M. Daladier, tomando muy en serio su papel de jefe del Gobierno francés, prepara su viaje a Córcega y Túnez, parecería una consecuencia del miedo. Mussolini se ve a dos pasos del ridículo. Para disimular, mueve la caja de los truenos, que es la Prensa fascista, y emprende en España una nueva ofensiva. Ha puesto todas sus esperanzas en Mr. Chamberlain, y por esto hace decir a sus periódicos que la actitud «belicosa» de Francia ha producido en el Reino Unido muy mala impresión. Pero el recurso es tan pueril que haría sonreír a un maestro de escuela.

Las crisis de furor del «duce», desde que hay guerra en España, solemos sufrirlas los españoles. Estemos preparados. Porque la situación puede resolverse con nuevos y más copiosos envíos de legionarios y material de guerra a nuestra península. Hasta que la opinión italiana, como ya empieza a suceder, se pregunte adónde va a conducir la criminal aventura española, en la que también interviene Alemania, seguramente con la intención de recoger sus frutos, si alguno produjera.

Documentos del paraíso nacionalista

La fidelidad canónica a las palabras del Papa ocasiona molestias a los sacerdotes

Informe sobre una denuncia presentada por el comandante general de Baleares, contra un sacerdote (a petición de la colonia alemana)

Ante el propósito de «nacionalización» de la Religión, dándole un carácter netamente «racista», Su Santidad, en 14 de marzo de 1937, publicó una Encíclica dirigida a la jerarquía eclesiástica de Alemania, «sobre la situación de la Iglesia Católica en el *Reich germánico*».

En ella, después de afirmar la genuidad de la fé: a) en Dios; b) en Jesucristo; c) en la Iglesia, y d) en el Primado, condena toda adulteración de nociones y términos sagrados. Y como tal adulteración se da en el «racismo germánico», condena el que llama «Nacionalismo exagerado», en u ideología y en su aplicación, con la consiguiente persecución de la única Iglesia verdadera y sus ministros.

Dada a luz la mencionada Encíclica, en pleno movimiento nacional, la perspicacia del eminentísimo señor cardenal obtuvo de S. S. diferir su divulgación en España, por razones obvias de prudencia y entre ellas por consideración a la nación alemana.

Al año justo de haber sido publicada, apareció inserta en el «Boletín Oficial» del obispado de Mallorca, en su número 5, correspondiente al 15 de marzo de 1938.

En el mes de mayo de 1938, se celebró en Palma la «Sexta Semana Sacerdotal», entre cuyos temas a tratar figuraba éste: «Enemigos de la restauración española»; singularmente: a) el espíritu humano; b) el ansia de placeres; c) la ignorancia, y d) un nacionalismo exagerado».

Fué ponente de este tema el reverendo don José Font Arbós, quien lo estudió en Derecho público, sus tendencias, sus efectos, sus exageraciones y sus consecuencias, entre las que cita «la opresión de que son víctimas quienes se niegan a adorar a la Nación Dios»; añadiendo: «*La realidad desconsoladora de tales aberraciones, tales extremos, en determinada Nación, tan anticientíficos como caprichosos, obligó a S. S. Pío XI a escribir la Encíclica, toda ella rezumando dolor, que se publicó en el B. O. del Obispado de Mallorca, el 15 de marzo*».

El comandante general de Baleares, en escrito de 22 de julio trasmite al Excmo. señor ministro de Defensa nacional quejas de la colonia alemana, en aquellas islas, que le han sido denunciadas por persona afecta a dicha colonia, en la creencia de que en las palabras del señor Font había ofensas para su país.

Interesado por el Ministerio de Defensa informe más amplio sobre el particular, en escrito de 2 de agosto, el mismo señor comandante general manifiesta que «las quejas han sido producidas con carácter confidencial por persona que merece garantía y que, al parecer, refleja el sentir de la colonia alemana en aquella isla, sin que pidiese la adopción de medidas de ninguna clase».

Pasado este asunto a «informe secreto» de este Negociado, el capellán distinguido con ese honor, tiene el de manifestar:

A.—Que para poseer todos los elementos de juicio pidió a Mallorca los ejemplares de los «Boletines Oficiales» del Obispado, en los que se publica la Encíclica del Papa e insertan las actas de la referida «Semana Sacerdotal».

B).—Que, leídos, ha visto fiel concordancia entre el texto aducido por el comandante general y la relación en el «B. O.» del Obispado.

C).—Que, ni en las palabras del señor Font ni, a juzgar por el contexto, tampoco en su pensamiento, hay nada que pueda considerarse molesto contra la nación amiga, Alemania, y

D). Que, a lo sumo, podrá apreciarse como inoportuno el haber abordado este tema en las actuales circunstancias y no lo consideró.

Burgos, 14 de octubre de 1938, III Año Triunfal.

De un momento a otro

UN DIA

Ayer, conmemoración de los santos inocentes, según señala el calendario cristiano, el único inocente que me encontré llevaba las intenciones de un miura. Iba pálido, desencajado. Las mejores frases que dedicaba a Hitler y Mussolini no se pueden reproducir aquí. Por la mañana le había caído a pocos metros de distancia, un regalo de doscientos kilos de metralla, lanzado por un Noel con alas que se apellida «Junker» o «Caproni». Y por la tarde recibió noticias de la zona invadida, en las cuales le daban cuenta del trato brutal a que tienen sometido a un pariente suyo. Naturalmente, con un día así pierde la inocencia cualquiera. Sin embargo, confieso que tuve la intención de gastarle la consabida broma de inocentes. Esto es: pedirle prestados cinco duros. Pero mi amigo, quizá intuyéndolo, como el que tiene la mosca detrás de la oreja, me advirtió indirectamente:

—Te aseguro que si alguien tratase de darme la inocentada lo dejaba seco.

Yo estreché aquella mano que antes había sido candorosa, y eché calle abajo. Al llegar al periódico, un compañero me espetó:

—¿No sabes? ¡El gran notición! Chamberlain ha dirigido un ultimátum a Mussolini, amenazándole con la guerra, y Hitler ha muerto de una angina de pecho.

Por poco me desplomo de la sorpresa.

Unos minutos después sonaba la sirena y, al despertar a la realidad—a la realidad de los zumbidos—, yo pensé que, con la inocencia, no acaba todo el totalitarismo fundido en hierro de muerte. Afortunadamente.

GENIL.

A S. del M., soldado en campaña.—Le agradezco vivamente su carta, que conservaré como el estímulo de un fino compatriota y de un compañero cordial que tiene ya más que ganado su puesto en la retaguardia, entre los que participamos en las tareas del espíritu, para los futuros días de victoria y de pacífico afán reconstructivo.—G.

El Frente Popular de Cataluña, en un manifiesto, dice:

«Demostremos, con gesto sobrio, y sin palabras inútiles, nuestra voluntad de victoria».

El Frente Popular de Cataluña ha lanzado el siguiente manifiesto:

«De nuevo el enemigo común, respaldado por los ejércitos invasores, se lanza sobre nuestra tierra con el afán de someterla a su yugo.

¡Catalanes! Nuestro pueblo no será nunca esclavizado. Por dignidad propia. Por el honor de nuestra Historia. Somos fuertes. Tenemos voluntad y firmeza para mantener la lucha. Y ahora y siempre, debemos estar dispuestos para realizar los esfuerzos que nos darán la victoria.

El Frente Popular de Cataluña sabe lo que representan estas horas para Cataluña, para la República y para la Libertad. Con serenidad, el Frente Popular de Cataluña se dirige a todos, diciéndoles: Cumplamos todos con nuestro deber. Voluntad resuelta para cerrar el paso al enemigo, ahora y siempre.

Nuestra fortaleza en esta hora histórica, y en todas, será tanto más sólida cuanta mayor sea la compenetración, la lealtad, la fraternidad entre todos los sectores antifascistas; entre los bravos y heroicos combatientes en el frente y nuestra digna y sufrida retaguardia. Que ningún pensamiento, ni acto de nadie, dé lugar a la más pequeña reserva entre nosotros.

Es necesario mantener la serenidad en todas las horas de prueba. Y tener confianza en todas las organizaciones y partidos antifascistas, en los organismos populares y en el Gobierno, con la convicción de que todos estaremos a la altura de las circunstancias.

La ofensiva del enemigo se estrellará contra la firmeza de nuestros combatientes. Y no será la última. La lucha será aún larga y dura, y es necesario que el pueblo conozca esta verdad para tener mayor conciencia del esfuerzo que es necesario realizar para vencer.

Nadie debe impresionarse por noticias alarmistas u optimistas. La voz de los organismos autorizados, es la única destinada a decir la verdad, y la única a la que debemos atenernos. Sin nerviosismos, con pleno dominio propio, seguros de nuestros medios, de cara a nuestros enemigos y de cara al mundo, sepamos dar, una vez más, el ejemplo digno de un pueblo que no quiere ser esclavo.

¡Catalanes! ¡Hermanos de toda España! El fascismo, en Cataluña, ¡No pasará! Confiamos en nuestras propias fuerzas individuales y colectivas para expulsarlo del último palmo de tierra española. El fascismo, será vencido.

A la lucha, aprovechando las reservas más vitales, las mejores energías para vigorizar el frente y la retaguardia. Nuestro Ejército sabe por qué lucha y lo sabe nuestro pueblo. Agrupados firmemente Gobiernos, Pueblo y Ejército, rivalizando en el cumplimiento de sus deberes, y sin desfallecer, demostremos, con gesto sobrio y sin palabras inútiles, nuestra voluntad de victoria.

¡Viva Cataluña!
¡Viva la República!
¡Viva la Libertad!

Por el Frente Popular de Cataluña: U.G.T., «Unió de Rabassaires», «Estat Català», «Acció Catalana Republicana», Partido Socialista Unificado de Cataluña, Confederación Regional del Trabajo, Federación Anarquista Ibérica, «Esquerra Republicana de Catalunya».

UN ENTENDIMIENTO EJEMPLAR:

Don Manuel Azaña,

ESCRITOR y POLITICO

«Quiere decirse, pues, que cada hombre es un misterio impenetrable, en vida y en muerte.»

MANUEL AZAÑA

(*Continuación*)

tos. Manuel Azaña, que anduvo y desanduvo, bajo su ceño especulativo de teorizador y de misántropo, la Corte de los paseantes, el Madrid un si es no es alegre, confiado, confianzudo y trivial de las postrimerías borbónicas, propende, como todo recreador y contemplador de la vida, a la inhibición, al placentero usufructo de la libertad y del ocio. También en «Plumas y palabras» —todas las citas que hasta aquí he reproducido son de «Plumas y palabras», obra que publicó la C.I.A.P., en 1930, encontrándose su autor perseguido y oculto en Madrid— escribe: «Menos desengañado (que el Eclesiastés), y aunque diste mucho de aborrecer los placeres que aporta el dinero, si me afianzasen que con un puñado de españoles desembarcados bajo mi mando en un país salvaje había de acumular en poco tiempo los tesoros del Inca, no iría a buscarlos. Prefiero estar en casa, divagar, conversar, a romperme la crisma por el dinero y la gloria». Sin embargo, y a pesar de ser en el fondo, un hombre muelle y abúlico, don Manuel Azaña se incorpora de improviso a la acción política, menester más penoso y arriesgado que el de descubridor, conquistador y colonizador de países exóticos.

Ahora bien, y en tanto se concilian las tendencias ferozmente antagónicas que refiriéndose a sí mismo da como válidas el autor de «El jardín de los frailes», preguntémonos, por fin, y con objeto de esclarecer la teoría confidencial de Azaña y hasta qué punto esta teoría discrepa de sus hechos, preguntémonos, repito, lo que nos cumple: ¿Es Manuel Azaña un verdadero hombre de acción? Azaña dice de sí que es un «demócrata violento». ¿Significa esta frase que siente con violencia la pasión de la democracia, o que su carácter le induce a violentar las normas apacibles del harto sufrido credo democrático? Sea como fuere, en relación con la política al uso, nuestro intelectual injerto en la acción política, se desahucia: «No soy indulgente —escribe—, no transijo, no perdono; tengo la soberbia fácil». Azaña reconoce, pues, paladinamente, que no se adorna con ninguna de las virtudes características del político. ¿Puede ser, un hombre que es así, un buen gobernante y un hombre de acción? Hechos cantan. De él no podrá decirse, con frase de regusto célebre, que «contemporizando salvó la República». Pero sí que por no contemporizar, por ser enemigo de las contemporizaciones, salvó a la República de ser una República chirle, de contemporizaciones y claudicaciones. Repito lo que al comienzo de estas líneas escribí, y no a humo de pajas: que el autor de «El jardín de los frailes», «sin más resorte que el de su mentalidad enérgica, ha sabido imprimir su fisonomía inconfundible en la fisonomía inicial y en el espíritu esencial de la República española». La afirmación y la distinción son harto elocuentes. El intelectual Azaña no renunció nunca a las prerrogativas de su temperamento artístico, y, sin embargo, o tal vez por ello, gobernó siempre con lucidez y eficacia. En cuanto a los arrestos de la persona... Si hoy la procacidad maintencionada y zurda de tales y cuales agentes de la provocación y el descrédito se permite reprocharle, con rencor de hiena, su falta de encono y su sobra de lenidad, no creo que se le importe ni que deba aducir testimonios de su serenidad ni pruebas de su coraje para dar un mentís a lo que se malsina. Si el ademán clemente y generoso se toma a mala parte, y se diputa pusilanimidad lo que es sentimiento humanitario y perspicacia política, no hay modo honesto de confundir a los involucradores. Ni merece la pena incomodarse en confundirlos. De suerte que a las que se sirvan recordar hoy que Azaña escribió un día: «Practico la regla calderoniana de volcar la mesa si alguien delante de mí vuelca la silla», refiriéndose también a una paráfrasis de este concepto, ulteriormente emitida en un discurso, importa decirle que lean íntegramente —esto es, en su integridad y como hombres íntegros— lo que escribió en aquel trance el parafraseador calderoniano, quien, bien servido por la experiencia, hacía una rotunda salvedad: «Si las mesas están agarradas al suelo con grapas de hierro, la culpa no es mía».

La lucidez mental de este impertérrito, más no impasible, dilucidador o esclarecedor de realidades, diríase que ofusca y ofende. En puridad —y es menester que este secreto sea ya un secreto a voces—, lo que no se le perdona a Azaña es su cargante don de prioridad y superioridad de raciocinio, la virtud instantánea de su clarividencia. Lo que no se le perdona a Azaña —lo que no le perdonan sus enemigos ni sus amigos— es que se anticipe a todo, incluso a los intelectos más previsores y progenerados, y que emita *a priori*, mientras los demás se pierden o se rezagan en perplejidades y conjeturas, un veredicto cabal que el porvenir convierte, por lo común, y sin apelación, en asombroso. Y esto no quiere decir, naturalmente, que el autor de «El jardín de los frailes» guste del vaticinio ni que se solace en la inquisición prestigiosa y celeste del saber astrológico, ni que se induzca por procedimientos ocultos y de su santiscario, ni que sea ni se crea infalible. Manuel Azaña, tan resoluto siempre en la emisión de su pensamiento, de sus convicciones, se precave siempre también contra los riesgos de la infabilidad. Puesto en trance de duda, y en este trance se coloca sin excepción, duda hasta de sí propio. «La duda —ha escrito— es mi precaución personal contra la pedantería, precaución que puedo llevar hasta el heroísmo, es decir, hasta el suicidio, representando en el silencio y la abstención, antes que consagrarme a la siembra de verdades». Importa decir, sin embargo, que jamás elude, por precaución o conveniencia, por astucia política, su opinión. Lo que no hace tampoco es opinar por lo incoercible, como es uso y abuso de políticos, sin que nadie le interrogue.

Con respecto a otras características de don Manuel Azaña, voy a transcribir algo de lo que dije en sazón ya remota y que no juzgo impertinente: «Manuel Azaña es un escritor diamantino: transparente y duro. Como orador, presenta las mismas características e idénticos quilates. Azaña, como escritor y como orador, es la evidencia. En su verbo se abre con sencillez supina, y no como pasmo y asombro, la evidencia. A despecho de su inquina por el tópico, cuanto Azaña expresa, con expresión cabal, resulta realidad evidente e incontrovertible, verdad de a puño, axioma. A la postre el rigor lógico no es sino inteligencia sana y hombría de bien. Azaña se atiene a las normas rígidas de su númen tajante. Contra esta limpia actitud no hay efugios. ¿La verdad se oculta en la entraña de las cosas? Pues bien: de un tajo se parte la entraña de las cosas y se descubre la verdad.

»Se supone que las características de Azaña son el desdén y la soberbia. No es inverosímil admitir tales suspicacias. ¿Desdén? Quizá no sea desdén. Desde luego, Manuel Azaña detesta a los tontos. No puede soportarlos. En esta enemiga es más stendhaliano que el propio Beyle. A su vez, los tontos, encorajinados, le pagan en la misma moneda. Todos los evidentes o vergonzantemente incursos en la memorable «ley de idiotas», que añoró el estadista, le profesan cordial aborrecimiento. He aquí una posición lógica. Porque el triunfo de Azaña supone el triunfo de la inteligencia sobre los alardes de la brutalidad engreída. Azaña dió su más peligroso traspiés de político al no avenirse a respetar los inalienables privilegios y prerrogativas de los tontos. Esta firmeza se califica de desaíz, y quizá lo fuese; por lo menos allí se escurrió la República. No hay que olvidar que el número de tontos es infinito.

»¿Soberbia? En lo de la soberbia coinciden—coincidimos—todos

JUAN JOSE DOMENCHINA

(*Continuará*)